

# INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE ENTREGA DE LAS MEDALLAS DE EXTREMADURA

Mérida, 7 de septiembre de 1994



## INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE ENTREGA DE LAS MEDALLAS DE EXTREMADURA

Mérida, 7 de septiembre de 1994

Excmos. e Ilmos. Sres., Sras. y Sres.:

No es sólo deseo de evadirme de la discusión anual sobre la forma y el fondo de la celebración del Día de Extremadura, ni pretende ser una actitud que intente empañar los destacados méritos de los protagonistas de esta noche, los galardonados, con todo merecimiento, con la Medalla de Extremadura.

Es, sencillamente, que me parecería un engaño hablar de nuestras pequeñas alegrías o tristezas, de nuestra envidias y rivalidades pueblerinas, o de nuestros ridículos problemas de privilegiados europeos, cuando de mi cabeza no he logrado apartar, en los días del verano que suelo reservarme para preparar esta Declaración Institucional, las imágenes y las descripciones periodísticas del horror del tercer mundo, y especialmente del drama de Ruanda.

Sinceramente, no estoy hoy para compartir con Vdes. opiniones que no estén ligadas a este malestar y a esta vergüenza ante unos hechos que llevan al límite la capacidad de comprender los mecanismos de funcionamiento de la civilización que hemos creado.

Si me lo permiten, hoy no hablaré de mi pasión; hoy no hablaré “de” Extremadura; hoy intentaré hablar “desde” Extremadura. He tenido tiempo de manifestarme sobre diversas cuestiones de nuestra vida pública en estos meses precedentes y voy a seguir haciéndolo en el futuro.

Hoy, me interesa mucho más preguntarme, con Vdes., por qué ese niño tullido prefirió comerse una rata engordada entre los excrementos de los enfermos de cólera y los cadáveres semienterrados, a aceptar unos dólares que, por dicha rata, le ofrecía un grupo de periodistas. O por qué misterioso azar alguien se dio cuenta de que, entre las decenas de cadáveres envueltos en sacos, que estaban siendo enterrados por una excavadora, un niño aún se movía; un niño negro, que al poco rato aceptaba el agua de un voluntario blanco, mientras un reportero nos hacía llegar la escena a nuestra insensible e insaciable Europa. O por qué en esos ríos oscuros, los vientres grotescamente hinchados que bajan las corrientes y llenan los tranquilos recodos, no son de peces sino de hombres y mujeres mutilados y asesinados.

No está en mi mente, el reiterarles lo que ya han venido haciendo todos los medios de comunicación. Ya cada uno habrá examinado personalmente sus

opiniones al respecto y sus posibilidades de socorrer a esos desdichados, y acudir a la larga relación de cuentas abiertas para esa humanitaria función.

A lo que aspiro, con esta oportunidad que se me brinda, es a contribuir, mínimamente, a que algo más profundo que la billetera se mueva en nuestro interior. Examinar las causas, no del conflicto, sino de sus consecuencias en nuestras tablas de valores occidentales y desarrolladas. Si las sociedades occidentales tienen los medios para acabar con ese dolor, y otros muchos, y tienen también los códigos filosóficos y políticos para reconocer la injusticia y justificar su intervención, ¿por qué no estamos reaccionando, con la debida y necesaria eficacia en situaciones como la de Ruanda?.

Pero, en primer lugar, como en los libros, el capítulo de agradecimientos:

Agradecimiento a los mensajeros del horror; a reporteros de los medios de comunicación que tantas comidas y cenas familiares nos han amargado este verano. ¡Qué diferencia con los figurines banales con derecho a espacio en las horas de más audiencia, que alimentan su cartera rodeándose de no menos banales contertulios, cada uno de ellos sabio universal y especialista en todo, mientras nuestros reporteros deben comprar favores y esperar a la madrugada para que, desde el infame hotelucho del fin del mundo, una línea telefónica traslade la crónica hasta Europa o América!.

Y también, el agradecimiento un poco avergonzado, a esos valientes a pie de obra, a los voluntarios humanitarios de los países desarrollados, algunos y algunas, paisanos y paisanas nuestras, y a las organizaciones no gubernamentales que los reclutan y envían. Y digo un poco avergonzado porque, a poco que lo reflexionemos, nos daremos cuenta de que están allí, de algún modo en nuestros nombre. Nos sirven incluso de coartada, junto con la ayuda de los gobiernos.

Estos hombres y mujeres, generalmente jóvenes, se están convirtiendo en la vanguardia moral de nuestra sociedad, porque siendo personas corrientes, los hijos de cualquier vecino, nos pueden mirar desde una insultante superioridad moral, porque ellos sí se la están jugando. Mientras nosotros ponemos la transferencia bancaria, ellos están preparando sus especialísimas vacaciones, cambiando el bronceador por la pastilla para potabilizar el agua. Al final de la cadena, tras las resoluciones de la ONU, los masivos y organizados envíos gubernamentales, los puentes aéreos, los contactos diplomáticos, y las distribuciones oficiales, en esa tienda de campaña maloliente, al lado del camastro del enfermo de disentería, desesperado por la falta de medios, apretando los dientes y tragándose las ganas de salir corriendo, no hay un ministro, ni un diplomático, ni un ejecutivo de una multinacional de alimentación, ni un propietario de laboratorios farmacéuticos, ni un general del Estado Mayor, no; hay un joven médico español, o una enfermera alemana, o una misionera extremeña, o un estudiante noruego, anónimos, que hace un mes han dejado atrás una familia preocupada pero orgullosa, y una cómoda habitación con sus libros, su ordenador y su carnet de Médicos sin Frontera o de cualquier otra respetable organización no gubernamental.

En este momento de reconocimiento, bueno sería recordar que Europa, como ha sucedido con la guerra de la antigua Yugoslavia, ha fallado estrepitosamente, una vez más.

Francia ha sido el único país rico que ha hecho algo más que enviar aviones con alimentos y medicinas; ha enviado hombres. Y esa es una decisión delicada en nuestras cómodas sociedades, pues no parece contar con los parabienes de la opinión pública. ¿Para qué, si no, queremos los ejércitos?. ¿Para qué, entonces, sirven las condenas de los insumisos?. ¿Cuántos de nuestros jóvenes, y cuántos de nuestros oficiales se sentirían orgullosos de estar sirviendo en misiones humanitarias?. ¡Lástima que, enseguida, salen los patrioterros clamando contra la irresponsabilidad de los gobiernos que ponen en peligro la vida de los soldados¡.

Entonces, ¿con dar algún dinero, con reconocer los méritos de los reporteros, de los voluntarios y de Francia, y con exigir mayor compromiso de Europa, ya podremos dormir tranquilos?. Parece claro que hay muchas Ruandas esperándonos tras los recodos del futuro, y muchas de ellas evitables si, en nuestras sociedades occidentales, pagadas de sí mismas y egoístas hasta el ridículo, reintroducimos los valores, los principios, allí donde ahora sólo cuentan los intereses y las conveniencias. Hay que provocar un rearme ético civil de la sociedad; crear una mayoría de ciudadanos que no reaccionen sólo ante los estímulos materiales, sino ante preocupaciones morales; reinventar en nuestro discurso diario el criterio de los valores absolutos, aquellos que nos han permitido elevarnos sobre el resto de las criaturas y sentirnos superiores a ellas.

Claro que para ello es necesario cambiar muchas actitudes que están muy profundamente arraigadas en nuestro inconsciente colectivo, por ejemplo, el miedo al extranjero, el temor inexplicable a la presencia, en nuestro entorno, de hombres y mujeres con otro tono de piel, con otros rasgos, con otras costumbres, con otras lenguas, con otras creencias. Personas de la nuestra educación nos indica que son nuestros iguales, que tienen los mismos derechos esenciales que nosotros, mientras algo muy recóndito nos aleja imperceptiblemente de ellos. Porque tras muchos años de oírlo, podemos llegar a creer que son una amenaza para nuestro bienestar material, que nos quitarán el trabajo, que inundarán nuestras ciudades con sus costumbres distintas, que arruinarán nuestra seguridad social.

Y para no dejar nada en el tintero, habría que preguntarse si nuestra ayuda al Tercer Mundo está inspirada realmente en la igualdad, en la justicia y en la solidaridad o, si detrás de esa pantalla, lo que se oculta es ese temor a que una inmensa masa de desheredados se agolpe frente a las murallas jurídicas que los países ricos hemos levantado para aislarnos de un mundo que nos permita la riqueza a costa de su pobreza.

El día en que el argumento de la justicia, o de la solidaridad, sea el único que nos mueva a intentar paliar el dolor inmenso que atenaza a la mayor parte del planeta, estaremos en el camino para evitar nuevas vergüenzas como la de Ruanda.

Frente a la masacre de niños y adultos, yo reivindicó, en este pórtico del Día de Extremadura, el derecho a la intolerancia con los que no respetan la dignidad básica y común de todos los seres humanos. La intolerancia, para no convertirse en una magma indefinible e infinito, debe ser definida por sus límites.

Así pues, intolerancia con los racistas y los tiranos, por ejemplo. Pero no intolerancia de mera opinión, no. Intolerancia activa, activista y decidida. Cuando se está luchando por la mera dignidad, porque nadie sea tratado como un animal,



ningún esfuerzo parecerá excesivo, ninguna medida injustificada. Insultar públicamente a un racista debería enseñarse en los colegios; organizar manifestaciones la tarde de un asesinato terrorista es un deber ciudadano, arrancar propaganda fascista es una manifestación de dignidad; romper los cristales de la embajada de un tirano asesino es estrechar solidariamente la mano de los sometidos.

Para los intolerantes, nuestras caras sólo tienen una mejilla.

Dentro de los mínimos éticos para toda la humanidad, absoluta tolerancia y respeto por la diferencia. Pero también el deseo de que todos actuemos movidos por principios éticos, por valores. Cada uno los suyos, desde luego, pero explícitos y a la vista. Les aseguro que si avanzásemos unos pasos en esa dirección, muchas de las actuales diferencias se podrían solventar.

Si los políticos nos pudiéramos desprender de esa pesada trama de justificaciones electorales, de intereses parciales y chatos, de conveniencias y timideces, de temor a malentendidos o a interpretaciones sesgadas; y si los ciudadanos no se escandalizaran al vernos actuar así, más descarnadamente, menos encorsetados, como estoy esforzándome esta noche en hacerlo, estaríamos llegando a un punto en el que las discusiones serían sobre los valores, sobre los principios, y sentiríamos la levedad de nuestras responsabilidades al decidir algo porque es justo, porque es solidario, porque es equitativo, y no porque es menos caro, porque se acercan las elecciones, o porque es lo que crea menos complicaciones.

Y si los padres orientáramos la vida de nuestros hijos, no sólo por criterios materiales, y los educáramos, no para ser más ricos que nosotros, sino más felices, seguramente descubriríamos en ellos a los mismos inconformistas que fuimos nosotros, y eso nos reconfortaría en nuestra actual pasividad.

Y no sólo más felices individualmente, sino más felices colectivamente, como pueblo, como Región.

En más de una ocasión he dicho que no aspiro a presidir una Región de vanguardia, sino de bienestar. Es posible que, a corto plazo, no nos situemos a la cabeza de las Regiones más desarrolladas, pero nada debería impedir que ocupemos la primera plaza de las Regiones más felices. Nuestro esfuerzo y convicciones pueden conducirnos a ser la Región más tolerante de España, ¿por qué no la más pacífica?; ¿qué nos impide ser los primeros en respetar a nuestros mayores?; ¿por qué no vamos a ser los primeros en la defensa de nuestro patrimonio ecológico y cultural?; ¿por qué no la Región menos racista y xenófoba de España?; si nos lo proponemos, ¿no podremos llegar a ser la primera en el número de lectores y la última en número de televidentes?. ¿Por qué no podemos ser la Región que menos defrauda a la Hacienda Pública?; ¿y por qué no vamos a tener el honor de ser la Región donde menos mujeres maltratadas existan?.

Y si en nuestras relaciones privadas, comenzáramos a valorar, de verdad, la bondad y la generosidad como un estado ético superior y no como una debilidad del espíritu, porque comprendamos que uno de bueno nunca se pasa para tonto, sino para mejor, a todos nos daría menos timidez mostrar la parte más noble de nuestra personalidad.

Y si otros muchos sectores sociales, creadores de opinión e influyentes, entre los jóvenes, comenzaran a acogerse a esa línea de regeneración moral, de superposición de lo espiritual a lo material, podríamos albergar la esperanza de estar en el buen camino.

Y para terminar, creo que hay una prueba, a través de la cual podremos estar seguros de que las cosas van en esa dirección, cuando el adjetivo "idealista" sea un elogio y no una descalificación. En ese momento muchas de las Ruandas del futuro se habrán evitado.

A los ruandeses y a tantos parias de la tierra, los occidentales, con nuestras cámaras, nuestros expertos y nuestros dineros, continuaremos analizando, psicoanalizando, fotografiando, elogiando, criticando, capando, condenando, explotando, aislando, drogando,..., pero me temo que necesitan, más que el comer, que se les organice para sublevarse contra los de dentro y los de fuera, para dejar de sufrir, para dejar de morir. Ese es un reto para aquellos jóvenes que confiesen no sentir alicientes para luchar.